

A black and white photograph of Ricardo Piglia, a man with curly hair, wearing a dark jacket over a dark shirt. He is seated at a table, leaning forward and writing in a notebook with a pen. The lighting is dramatic, highlighting his face and hands against a dark background. The text 'Entradas sobre Piglia' is overlaid in white on the right side of the image.

Entradas sobre Piglia

Lobsang Castañeda



7 de enero de 2017

Ayer, en la ciudad de Buenos Aires, falleció a los 75 años el escritor Ricardo Piglia. Desde el 2013 sufría de Esclerosis Lateral Amiotrófica, una enfermedad degenerativa que paraliza los músculos. No obstante, sus capacidades intelectuales se mantuvieron intactas, lo que le permitió trabajar hasta el final en la obra de su vida: la relectura y transcripción de su monumental diario, tarea que por diversas razones —teóricas, prácticas y afectivas— postergó una y otra vez. A partir de ese material, el cineasta Andrés di Tella realizó el documental *327 cuadernos*, cuyo estreno coincidió con la aparición, en 2015, del primero de tres volúmenes de *Los diarios de Emilio Renzi, alter ego* que Piglia construyó con su segundo nombre y su segundo apellido, y que aparece en muchas de sus obras narrativas. La filmación duró tres años, tiempo suficiente para que su padecimiento se hiciera evidente. En la parte final de la grabación, Piglia, ya con dificultades para hablar, le pide al director que le empuje la silla hacia delante para ver mejor las películas caseras que acompañarán sus textos. Segundos después, ya más cómodo, pregunta si la cámara lo está tomando y, al recibir una respuesta afirmativa, pregunta, con evidente preocupación, si se le ven las manos. Al contestarle di Tella que no —lo cual es falso, pues se le ve la derecha un tanto rígida, entumecida—, se queda tranquilo.

10 de enero

Hace muchos años una amiga me habló, por primera vez, de Ricardo Piglia. Admiraba, me dijo, la lucidez de su estilo y su originalidad para construir ficciones. Recuerdo que de inmediato conseguí, en una librería de la Zona Rosa, una antología de relatos publicada por la UNAM, *Cuentos con dos rostros*, y su primera novela, *Respiración artificial*. Su prosa me pareció, desde el principio, novedosa, difícil y estimulante. Se trataba, en efecto, de un escritor lúcido, altamente especulativo, pero cercano al habla coloquial; alguien preocupado no sólo por la trama, sino por las características formales del relato, por la irrupción heteróclita del sentido y por el lugar, siempre cambiante, del narrador. Parecía, pues, un filósofo mundano, terrenal, ciudadano, si es que tal cosa existe. En sus páginas convivían por igual la física y la metafísica, la pulcritud y la mugre. Sobre este último aspecto, el propio Piglia escribe en una de las entradas de su diario: “*La peste y El oficio de vivir* fueron los

primeros libros propios, digamos así, y mi último libro lo conseguí ayer a la tarde, fue *The Black Eyed Blonde* (*A Philip Marlow novel*) de Benjamin Black, me lo regaló Giorgio, un amigo. Tenés que escribir algo, me dice, dijo Renzi, es Chandler pero le falta... ¿Qué le falta?, preguntó mi amigo. El *touch*, pensé, le falta 'la mugre', como dicen los tangueros cuando un tango está sólo 'bien' tocado..." Coincido: después de leer *El otro nombre de Laura*, también de Benjamin Black (seudónimo de John Banville), confirmo que el joven Renzi tenía razón: a esas novelas les falta "mugre".

11 de enero

"Por supuesto, no hay nada más ridículo que la pretensión de registrar la propia vida. Uno se convierte automáticamente en un *clown*", escribe Piglia, quien comenzó a redactar su diario a los dieciséis años, en vísperas de una mudanza a Mar del Plata. No obstante, en diversas ocasiones declaró que, de no haberlo iniciado, jamás habría escrito otra cosa. Así, pues, una de las directrices de su obra sería que la escritura, siempre ridícula, de un diario da pie a la escritura de otra clase de textos (narrativos o ensayísticos) que, quizá, no sean ridículos o no lo sean tanto. Esto queda ejemplificado en la entrada del 30 de junio de 1960 en donde, con lujo de detalles, Renzi describe la angustia que sintió al darle por equivocación a una chica que le gustaba uno de los cuadernos de su diario en lugar del que contenía sus relatos: "El lío vino cuando, al buscar los cuentos que había escrito, di vuelta todos los cuadernos. Supongo que sin darme cuenta puse uno que no era y ayer, apurado, lo llevé conmigo. Lo más chistoso es que estoy atrapado. No puedo decirle 'dame mi diario, que te lo di por error'. Lo mejor sería decirle que el diario es una novela y hacerme el indiferente respecto a su opinión [...] Para colmo, no tengo idea de qué clase de chica es, enigmática y bellísima [...] Miedo al ridículo [...] La pienso ahora matándose de risa de mí". Otra muestra

inmejorable de la lucidez de Piglia es el haberse dado cuenta, a tan temprana edad, de que nadie puede escribir de sí mismo sin trazar una caricatura y de que todo diarista es, en esencia, un payaso. Amén.

Lunes 16

El mismo año que le diagnosticaron a Piglia la esclerosis lateral apareció su última novela, *El camino de Ida*, también protagonizada por Emilio Renzi. En aquel momento, por cuestiones de trabajo, redacté una breve nota sobre el libro. Transcribo algunas líneas:

"Envejecido e invisible para las mujeres, Renzi decide olvidarse por unos meses del extraño padecimiento que lo aqueja, producido por el cansancio y el exceso de alcohol, llamado "cristalización arborescente", y acepta la invitación para impartir en la Taylor University de New Jersey un seminario sobre los años argentinos del escritor inglés W. H. Hudson. Extraviado y disperso, despechado y decepcionado de la vida, poco a poco el profesor argentino se inmiscuirá, al mismo tiempo, en las sórdidas dinámicas del mundo académico norteamericano y en los recuerdos de un amor que parece resurgir de las cenizas gracias a Ida Brown, una mujer dedicada cien por ciento a su profesión [...] Pero el reencuentro entre Ida y Renzi es apenas el inicio de una trama compleja, siempre dispuesta al giro inesperado que, más que sacar de balance al lector, lo mantiene en vilo. Con un oficio narrativo envidiable, Piglia convierte un fragmento más bien frívolo de la vida de Renzi en una intrigante trama policíaca".

Por supuesto, la novela es mucho más compleja que esta somera descripción. A partir de la segunda mitad se suscita uno de esos giros inesperados que sustituyen la voz de Renzi por la del matemático Thomas Munk, quien, abrazando un estilo de vida acorde con los lineamientos de la naturaleza, decide atentar contra "la *intelligentzia* tecnológica del capitalismo criminal", ganándose así el sombrío apodo de *Recycler*.

Domingo 22 de enero

Piglia y Faulkner. Piglia y Borges. Piglia y Arlt. Piglia y Onetti. La lista, por supuesto, podría ser mucho más larga. Piglia fue, ante todo, un lector perspicaz. Así lo revelan sus cursos sobre la novela argentina, sus charlas sobre Sarmiento o Borges, o su novela *La ciudad ausente* que puede considerarse una lectura subterránea de la ciudad de Buenos Aires, a partir del *Museo de la Novela de la Eterna* y de la máquina transformadora de historias de Macedonio Fernández. De hecho, esa novela de Piglia no es más que la proyección literaria del mundo clandestino creado por la máquina de Macedonio, es decir, la “puesta en texto” de una lectura no lineal, sino dispersa, fragmentaria, múltiple y referencial. En una de las conversaciones incluidas en *La forma inicial*, Piglia dice: “Podríamos recordar la noción del ‘lector salteado’ de Macedonio. Un lector que se hace cargo de la interrupción y lo incorpora a la lectura. Entra y sale, se dispersa, se concentra, se va. Y desde luego la prosa de Joyce o la de Macedonio están ligadas a ese tipo de lectura que no es lineal, o en todo caso infiere la posibilidad de una lectura discontinua.”

Enero 23

Alejandro Arteaga me invita a escribir un artículo sobre Ricardo Piglia para *Casa del tiempo*. Tengo que entregar el texto a más tardar la segunda semana de febrero. Acepto. Desde que murió, he estado leyendo, releendo y viendo sus clases, entrevistas y conferencias por Internet. Además, he escrito algunas notas en mi diario que podrían serme de utilidad. Sin duda me será fácil cumplir con este compromiso.

Febrero 4

Llevo casi dos semanas pensando qué pondré en mi artículo sobre Piglia, qué aspectos de su obra debería resaltar y cuáles dejar de lado. Sin embargo, no logro arrancar. Me siento perdido en un mar de palabras, de páginas, de lecturas. La obra de Piglia es vasta —no en extensión, sino en ideas— e irresumible (¿existirá esa palabra?). No es un escritor que, de buenas a primeras, se pueda explicar. Mucho menos en 7000 caracteres (con espacios). Estoy pensando en rendirme. En decirle a Arteaga que no le enviaré el texto. O tal vez, para salir del paso, extraiga de mi diario las entradas sobre Piglia y se las mande tal y como están. Así de simple. Fin del problema. El diarista como *clown*. 